

***ARTES ESCÉNICAS: PUESTAS EN ESCENA,
DISQUISICIONES Y FIGURAS***



Luis Miguel Morales Aguilar.
2011.
Tinta china.
90x100 cm

RECORDANDO A TRES FORJADORAS DE VIDA

María Bonilla*

Cuando alguien quiere escribir un artículo, una semblanza, una presentación o un discurso de homenaje para una figura importante, un amigo o un colega, se pregunta una y otra vez, qué sería lo mejor y más completo de consignar: ¿la biografía y los acontecimientos significativos de la vida personal de esa figura, amigo o colega?, ¿sus logros profesionales?, ¿los secretos que se compartieron?, ¿los trabajos que uno le conoció o que enfrentaron juntos?

En el fondo, todas estas preguntas encierran una interrogante más profunda: ¿para qué escribe uno sobre esa persona? Siempre o casi siempre, a uno lo mueve el amor, el respeto o la admiración que sintió y siente por ella, pero la pregunta sigue siendo clave: ¿qué quiere uno lograr con su escritura: ¿despertar en otros el respeto, la admiración, el amor que sintió y siente por esa persona?, ¿ayudar a preservarla, si por ejemplo, a uno se la arrancó la muerte?, ¿dejar constancia de ella como una necesidad personal?, ¿que no sea olvidada por nuevas generaciones que no la conocieron personalmente?

Y más allá aun, ¿cómo concertamos eso con los destinatarios de ese escrito?, ¿qué puede interesarles a ellos?, ¿lo mismo que le hubiera interesado a esa gran figura que se resaltara o recordara de ella? o, más bien ¿lo que quisiera el presentador, por su propia cuenta, dejar en la memoria colectiva e histórica sobre esa persona?

Y si a lo anterior agregamos que esa figura sobre la que se quiere escribir no es una,

sino tres, y que se trata de tres grandes mujeres, la escritura se complica aún más.

Pocas figuras en el medio cultural costarricense son más queridas, más controversiales, más influyentes que Graciela Moreno (1), Virginia Grütter (2) y Sara Astica (3).

En esta oportunidad, en que el *Festival Internacional de las Artes* ha decidido reconocer en un homenaje a algunos de los forjadores de la cultura costarricense, y que la Compañía Nacional de Teatro ha tenido la feliz iniciativa de crear un boletín que contribuirá, junto con los Cuadernos de Teatro de la Escuela de Artes Dramáticas de la Universidad de Costa Rica y los boletines Espacios de SI Productores -hoy discontinuados-, a la construcción de la memoria del teatro costarricense, yo he asumido el reto de escribir sobre estas tres mujeres, empezando con dos frases que encierran mi dilema personal ante la escritura de algo sobre ellas.

Yo tuve la suerte de haberlas conocido. Yo tengo la alegría de haberlas tenido en mi vida. Podría ir aún más allá en las afirmaciones: la historia del teatro costarricense sería impensable sin la voz que cada una de ellas dejó entre nosotros. Igual que la historia de la Compañía Nacional de Teatro, del Teatro Nacional, del Teatro Universitario, de la Escuela de Artes Dramáticas, de los grupos independientes en Costa Rica y de la de cientos de nosotros.

Al inicio de mi encuentro con cada una de ellas, todas en diferentes momentos de mi vida,

* Profesora pensionada Escuela de Artes Dramáticas, Universidad de Costa Rica.
Recepción: 08/12/2011. Aceptación: 13/03/2012.

pero alrededor de la misma época, 1980, cuando las veía, me acordaba siempre de tres trozos de Alicia en el país de las maravillas, de Lewis Carroll...uno para cada una de ellas.

De mi querida Graciela

Espero que no habrá huesos rotos...Ninguno digno de mención, respondió el Caballero, como si no le importara que se rompieran dos o tres. El gran arte del jinete, como te decía, es... mantener el equilibrio. Así, ves...Soltó las riendas y estiró ambos brazos para demostrarle a Alicia a qué se refería y esa vez cayó de espalda justo bajo las patas de los caballos.

Tal vez este fragmento me la recordaba por la cantidad de huesos que se rompió abriendo brecha, tal vez porque nunca pensaba, antes de abrirla, en los huesos que podía romperse, tal vez porque en el fondo, no le importaba. Asumió la dirección del Teatro Nacional a su llegada de México, donde se había casado con un gran bailarín, Guillermo Arriaga, había tenido dos hijos y una brillante carrera profesional con el Ballet Folclórico de Amalia Hernández, con el que recorrió los Estados Unidos Mexicanos y el mundo. Doña Graciela, tuvo la visión y la generosidad de abrir sus puertas a los costarricenses, a todos, artistas y espectadores, apoyando creaciones de todas las artes: la plástica en las galerías, el teatro en la Sala Vargas Calvo y en la sala grande, la danza en la sala grande; creando además, el Festival de Coreógrafos, la literatura dramática con la colección de Teatro para el Teatro; apoyando a las instituciones descentralizadas del Ministerio de Cultura con la organización y financiamiento de actividades, invitación de conferencistas e intelectuales del mundo, coproducciones y una interminable lista de otras pasiones y sueños que ella hacía realidad.

De mi apasionada Virginia

"- Me atrevo a decir que no has tenido mucha práctica -dijo la Reina. -".

Vaya, si a veces he creído hasta seis cosas increíbles antes del desayuno. Me la recordaba, tal vez, porque siempre tuvo el asombro en sus ojos y la ingenuidad en su corazón para creer lo increíble; tal vez, porque desayunaba tarde y con tiempo para la fe y la esperanza; tal vez, porque creía que no existían cosas increíbles.

Viajó aprendiendo y haciendo consciencia por y para el teatro. Dirigió y amó a Brecht, dio clases de teatro. Escribió poesía sobre el amor, la solidaridad, las injusticias, el ser mujer.

De mi entrañable Sarita

- Entonces no importa hacia qué lado marches -dijo el Gato. - Siempre que llegue a alguna parte-agregó Alicia como aclaración. - Oh, seguro que llegarás -la tranquilizó el Gato-, con que marches el tiempo suficiente.

Me la recordaba, tal vez, porque se sobrevivió a sí misma, marchando siempre a alguna parte; a lo mejor, porque en su corazón siempre sabía adónde quería llegar; quizá, porque nunca le importó cuánto había que caminar para llegar adonde uno quería llegar. Perseguida, encarcelada y torturada en Chile, donde inició una brillante carrera como actriz de teatro, cine y televisión, llegó a Costa Rica y trabajó como actriz, productora, profesora de Actuación y Expresión Vocal; fundó el Teatro Surco junto a su esposo Marcelo Gaete, y siempre tuvo una voz de aliento y fuerza para todos los que se acercaban a ella. Y no solo nos dio su voz. Siempre recuerdo que en muchas ocasiones, hizo y vendió empanadas para alimentar a sus cinco hijos, porque siempre su mesa y su casa estaban abiertas, generosamente, para los peregrinos, los solitarios, los angustiados, los enfermos y los hambrientos.

Fue poco a poco y en carne propia, que aprendí que pensaban con el corazón y la cabeza, que no siempre eran prudentes y que podían tener un valor temerario. Que tropezaban, se caían, volvían a levantarse e intentarlo de nuevo... las veces que fueran necesarias y con los raspones y magulladuras y heridas que hubieran sido necesarias...

Decíamos que el tiempo no pasaba en balde, se quedaba, en cada arruga de nuestro rostro, en cada cansancio de nuestras piernas, en cada recuerdo de nuestra vida de teatreros, “pobres como ratas”, como siempre decían las tres, pensando en las luchas a brazo partido para poder hacer teatro.

Entre ellas compartían una especie de destierro, de exilio vital. Graciela, siendo josefina, había pasado parte de su vida y sus amores en México; Virginia, con Puntarenas en la piel y Alemania, Chile y Cuba en su cuerpo y su corazón; Sara, chilena de nacimiento y costarricense por adopción.

Y las tres tenían una visión propia, hermosa y crítica de nuestro pequeño paísito metido a grande. Siempre discutíamos en qué estaban nuestros ángeles de la guarda. Yo, cuando estaba enojada, decía que seguro de vacaciones, y Sara, optimista por naturaleza, defendía que al contrario, estaban haciendo horas extras. Graciela decía que a los ángeles había que jalarles el aire de vez en cuando, porque se distraían y cabeceaban, y Virginia nos callaba, porque hablar de ángeles era muy aburrido, porque no tenían sexo.

Con sus vidas, sus luchas, sus sueños y obsesiones, me enseñaron muchas cosas. Que la curiosidad es infinita cuanto más mate al gato. Que una debe hacer siempre lo que quiere hacer, aunque lo pague con la vida. Que no importa que el mañana sea una gran interrogante, que lo que importa es que el presente no sea aburrido, porque el mañana está muy lejos, el año próximo es impensable y cinco años son la eternidad. Que, literalmente, el cielo es el límite. Que ayudar a los pobres justifica robar a los ricos. Que “hay dos clases de hombres: los que no entienden y los que no entienden que no entienden”, y que hay que cuidarse de éstos últimos, como profetizó Ángeles Mastretta. Que hay un momento en la vida de cada una de nosotras en que “no vale la pena tener miedo si una no tiene miedo”, como soñó Luisa Josefina Hernández, que en la boca hay que tener siempre un suspiro, un deseo y un delirio. Que “tenía que haberle sido infiel y pagarle con una traición”, como canta María Victoria. Que “aunque vengas mañana,

en tu ausencia de hoy perdí algún reino”, como escribió Carlos Pellicer. Que uno se muere de retorno. Que en este mundo, “la ilusión se paga con la vida”, como vivió Elena Garro. Que “la palabra es el arca de la memoria”, como sufrió Rosario Castellanos.

Desde la Escuela de Artes Dramáticas y desde el corazón de muchos de nosotros, este testimonio de que aunque vivimos en un pueblo sin memoria histórica, hay quienes sí la tenemos.

Breves notas biográficas

1. **Graciela Moreno.** Nace en San José el 29 de noviembre de 1923, hija del famoso médico Ricardo Moreno Cañas. En 1948 va a México, donde inicia sus estudios en la Escuela de Pintura y Escultura La Esmeralda; paralelamente, ingresa a la Escuela de Artes del Libro, a la Facultad de Filosofía y Letras y a la Escuela de Teatro de Bellas Artes de México. En 1973 regresa a Costa Rica por invitación del ministro de cultura don Alberto Cañas, para dirigir el Departamento de Radio de dicho ministerio, y es nombrada, un año más tarde, directora general del Teatro Nacional. En 1987 escribió, junto con la escritora Carmen Naranjo, el libro *Estancias y Días*, publicado por la Editorial Costa Rica. En 1995 se le otorga el Premio a la Promoción y Difusión Cultural, del Colegio de Costa Rica, e integra nuevamente el Jurado del Premio Magón; así como también, el jurado del Premio 18 de abril, que otorga la Asociación Costarricense del Consejo Internacional de Monumentos y Sitios. Se le han dedicado festivales de danza y teatro en diversas ocasiones. A partir de 1998 el Festival Internacional de Coreógrafos lleva su nombre, a solicitud expresa de coreógrafos, bailarines y demás artistas costarricenses, como un homenaje a su gran labor en pro de la cultura. También es galardonada con la condecoración otorgada por el gobierno

chileno “Orden al Mérito Docente y Cultural Gabriela Mistral”. Muere el 18 de diciembre del 2003.

2. **Virginia Grütter Jiménez.** Nació en Puntarenas en 1929, donde pasó su infancia y adolescencia en medio de la naturaleza y los libros. Siendo todavía muy joven viajó a Alemania, donde vive el final de la Segunda Guerra Mundial, experiencias que narra en su novela *Canto a mi tiempo* (1997). Estudia Filosofía, Literatura y Arte en la Universidad de Costa Rica; cofundadora del teatro Arlequín, en San José; vivió y trabajó 11 años en Cuba. Invitada por la antigua República Democrática Alemana, trabaja con el Berliner Ensemble (compañía fundada por Bertolt Brecht) y vivió y trabajó en Chile y Nicaragua. Uno de los pasajes más terribles de su vida lo vivió en Chile, cuando su esposo, Carlos Pérez, fue apresado y declarado “desaparecido”, durante el golpe militar de Pinochet al presidente Salvador Allende. Virginia Grütter vivió la pesadilla durante mucho tiempo y, años después, cuando emprendía una nueva batalla -esta vez por liberar a su hija Liana Benavides, presa en las cárceles de Somoza, en Nicaragua- escribió *Desaparecido*. El 3 de marzo del

2000 murió a los 70 años, debido a un paro respiratorio.

3. **Sara Astica.** Nació en Santiago de Chile el 1 de noviembre de 1934. Estudió Pedagogía en Castellano en la Universidad de Chile, y Teatro en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Desde 1960 hasta 1968 forma parte del elenco estable del Teatro de Ensayo de la Pontificia Universidad Católica de Chile. En ese año se elimina la planta de actores y actrices permanentes; sin embargo, ella sigue trabajando cada vez que la solicitan, hasta el año 1974. En mayo de 1975 es exiliada a Costa Rica y comienza a trabajar para el Teatro Universitario, la Compañía Nacional de Teatro y el Teatro del Ángel. En 1977 funda, junto a su marido Marcelo Gaete, el Grupo Teatral Surco, el que se mantuvo hasta el año 2002 realizando temporadas en San José de Costa Rica, y giras por Norte, Centro y Sur América. En él participó tanto como actriz, productora o directora. Entre los años 1977 y 2000 se desempeña como profesora en la Universidad de Costa Rica. Gana varios premios como actriz de teatro y cine, en Costa Rica y Chile. Muere en Chile el 22 de marzo del 2007.